

De MIGUEL DE UNAMUNO

NOVEDADES Y NUEVOS



(Extra. LA NACION)

SALAMANCA, 1920.

Más de una vez hemos oído, en estos años de zozobra e incertidumbre, decir que la gran guerra no nos ha traído a España ningún ingenio nuevo; que la sacudida que produjo en nuestro pueblo—mucho menor que la que ha producido en los pueblos beligerantes y en algunos otros de los neutrales—no ha despertado a ningún espíritu durmiente, no nos ha dado ni un escritor, ni un artista, ni un pensador, y que apenas ha cambiado el aire y traza de los que ya conocíamos. Observación, por otra parte, que se hace lo mismo en los demás pueblos.

Y he aquí que en el número del 6 de marzo del semanario inglés "The Saturday Review" leemos un artículo titulado: "Youth and Eld", o sea: "Juventud y edad madura", o acaso mejor: "Jóvenes y viejos". Aunque "eld" no sea precisamente vejez. Pero tened en cuenta, lectores, que quien os cuenta ahora y aquí esto ha pasado de sus cincuenta y cinco años.

Empieza el articulista de la "Saturday Review" citando aquello de Samuel Rogers, de que cuando aparecía un libro nuevo leía uno antiguo. A mí me pasa algo parecido, y es que el releer me quita de leer de nuevo. Y es que las obras eternas son las más nuevas y lo más pasado lo de más porvenir.

Pasa luego el articulista a dar cuenta de una queja de Mr. Philipps Gibbs, "cuyo culto a la niñez frisa a las veces en la senilidad", y que se lamenta de que los editores prefieren las reputaciones establecidas a los escritores jóvenes y desconocidos a cuenta del enorme aumento en el coste de imprenta, papel y encuadernación. Y añade ese señor que el público está ansioso de nuevos autores "con nuevos métodos de técnicas, conocimiento del mundo de nuevas ideas y una nueva visión de los problemas de la vida". Lo cual dudamos que sea así en Inglaterra, pero afirmamos que no es así en España. El público espera siempre más nuevas obras de los ingenios ya conocidos que no obras de ingenios nuevos. Y hasta le molesta toda verdadera novedad, si es que la hay. No se hace a un autor nuevo, verdaderamente

nuevo—y no lo suelen ser los mozos que presumen de ello—hasta que le ha aprendido la lengua. ¡Y tarda tanto en aprenderla! El público necesita años—y no pocos—para percatarse de la novedad fundamental de lo de veras nuevo. Ni basta que un escritor, y más si es joven, nos hable de su "nueva" manera, para que le creamos bajo su palabra.

Pasa luego el articulista a comentar unas palabras de Mr. Walkley en el "Times", quien pedía algún cambio, y nos dice que esta demanda de cambio es la enfermedad inveterada de todos los períodos que siguen a una guerra.

"Esta quisquillosa demanda—dice—de nuevos métodos y nuevas ideas

es una señal cierta de la debilidad mental subsiguiente al agotamiento. Es notable que una gran guerra jamás va seguida inmediatamente por una gran producción literaria, sino siempre por mera inquietud, que busca salida en especulaciones de cambio, disputas industriales y luchas políticas". Y nos recuerda cómo en la Inglaterra de principios del siglo XVIII Swift, Addison, Defoe, Steele, Prior, Gay habían establecido su reputación antes de la guerra que acabó en la paz de Utrech de 1713, y cómo no fué Waterloo sino la Revolución francesa la que inspiró a Byron y Shelley, mientras Coleridge, Southey, Wordsworth, Harliit, Lamb hicieron su mejor obra en los primeros años del siglo XIX. "El período que siguió inmediatamente a Waterloo fué singularmente estéril en literatura".

Para que la gran guerra que hemos visto asolar al mundo pueda producir sus frutos espirituales—y serán muy otros de los que soñamos—tiene que ser digerida. Y la digestión espiritual de una guerra así no es cosa de pocos años, ni la pueden hacer almas de pocos años. Si esa enorme conmoción ha de renovar el ideario de la humanidad, no puede hacerlo con los que veníamos ya pensando con el viejo ideario, y el hacerse como nuevo no es cuestión de juventud. Los jóvenes suelen ser los menos originales. La supuesta originalidad de un joven suele ser la fa-





cilidad con que reproduce las formas más viejas, tomándolas—y de buena fe—por novedad. Y es que sólo se encuentra uno a sí mismo al través de los otros, y el que más copia es el que suele acabar haciéndose modelo. De la originalidad de que algunas veces blasonan los principiantes hay que desconfiar. Aunque original derive de origen, se acaba, y no se empieza por serlo. No es siempre el primer hijo, el mayorazgo, el más de su padre.

Sigue diciendo el articulista de la "Saturday" que otra fase de la misma degeneración es el culto de la juventud, meramente porque es joven. "Disraeli admitía que uno de sus errores—y lo pagó caro—fue su tendencia a creer que cada joven era un hombre de genio. A Cánovas del Castillo le pasaba lo contrario. Y Carducci, en su escrito "Crítica y arte", nos habla de los que en cualquier coyuntura sacan su cualidad de jóvenes y proceden a descubrir hoy un novelista joven, mañana un dramaturgo joven, pasado mañana un poeta joven. Y después todos de acuerdo se besuquean uno con otro por los apéndices, en las dedicatorias en las revistas críticas y desnudan a la vista del público sus puertades cantando a coro: Somos los jóvenes, los jóvenes, los jóvenes".

Mas volvamos al articulista inglés. El cual hace notar que las lindas antítesis y los epigramas que a las veces chispean en las obras de los jóvenes cansan, cuando no molestan, al lector. Y añade que es porque se siente que no son verdaderas ni es-

tán basadas en conocimiento de vida.

"La brevedad epigramática—dice—es prerrogativa de la edad y la experiencia; en el joven no es más que condensación de mucha lectura". Y luego nos cuenta cómo Dickens tenía 38 años cuando escribió "David Copperfield", Goethe 57 cuando produjo el "Fausto", Cervantes 58 cuando empezó a publicar el "Quijote" y otros casos. "Poemas pastorales, amorios y líricos son meramente expresión de pasiones—añade,—y la pasión se evapora con el tiempo". A lo que se nos ocurre hacer notar que según de qué pasión se trate. Porque hay más pasiones que las de origen sexual, y un viejo puede ser muy apasionado y hasta protagonista de tragedia. ¿Pues qué? ¿Clemenceau no ha puesto pasión, e intensísima, en su dirección política de la guerra, y en la del tratado de paz? "La poesía satírica, didáctica y ética, por otra parte—agrega el articulista—no son productos de juventud". ¿Y la

sátira y el sermón no exigen pasión?

Milton tenía 59 años cuando publicó el "Paraíso perdido", casi la edad de Cervantes al publicar su "Quijote". Ahora que es lo seguro que vendría rumiándolo años antes. Porque de que un largo poema se acabe a una tal edad no quiere decir que se le haya concebido a esa misma. Un poema necesita más que nueve meses de gestación, sobre todo si ha de vivir siglos.

"Hasta la guerra—dice el articulista—considerada hasta aquí como pasatiempo y prodigalidad de juventud, es ahora dirigida por viejos. Los días de Alejandro, Gastón de Foix, don Juan de Austria, Bonaparte, han pasado. Todos los generales de la gran guerra eran de más de cincuenta: Joffre, Foch, Hindenburg, Ludendorff, French, Haig". Y el articulista podía haber recordado que el más famoso y popular de los caudillos de guerra ingleses, el duque de Marlborough, el Mamburú que cantan los niños, aunque había antes servido como joven oficial bajo Turenna y unos pocos meses en Irlanda y los Países Bajos, no tuvo gran mundo hasta que emprendió la campaña de Flandes, en 1702, a los 52 años de su edad.

El articulista concluye haciendo notar, muy juiciosamente, que los jóvenes tienen medios sobrados de darse a conocer. Lo cual es muy cierto. Y cuando se dice, como aquí en España decimos de nosotros mismos, que un pueblo es misonéista, no debe entenderse que odia a los jóvenes—y si odiar parece fuerte, que los desdén o rechaza o desconfía de ellos—sino que odia las novedades, lo cual es muy otra cosa. Un joven no por serlo es una novedad. NI es la primera obra de un joven la más nueva de él, sino que, por el contrario, suele ser por lo común la más vieja de las suyas. Como que no es, en rigor, suya. Hay quien hace su obra más nueva, su primera obra—y no se me tome a paradoja—al hacer la última. Como no sea que trate de consolarme...

